

REVISTA DEL COLEGIO MAYOR DE NTRA. SRA. DEL ROSARIO

*Registrada para curso libre de porte en el servicio postal interior.
Licencia N.º 237 de 22 de julio de 1935*

Volume XXXI - Bogotá-(Colombia). Mayo y Junio de 1936 - Números 304 y 305

Gilbert Keith Chesterton

“Wells inventa un mundo fantástico y a fuerza de talento nos persuade que es real; Chesterton describe el mundo real y a poder de ingenio nos lo representa como fantástico”. Así decía el año pasado A. Maurois. Pocos días van corridos desde que falleció el noble escritor cuyo nombre encabeza estas líneas, y no es sino muy justo que nos detengamos a considerar la índole y las obras de Gilberto Keith Chesterton, que a veces rivalizó con Shaw por lo decisivo y truculento de sus apreciaciones, que logró imponerse a la atención de innumerables lectores y tuvo discípulos apasionados, que gozó en fin del envidiable privilegio de la popularidad que se alcanza merced al imperturbable e inteligente propósito de contrastar las ideas propias con las del ambiente contemporáneo.

Sólo en países de genuina cultura es posible esto último. En los que carecen de ella, por más que hagan alarde de sus adelantamientos, siempre será un hecho que la popularidad no nace sino de la consonancia más o menos servil con las opiniones predominantes. Y éstas suelen ser mediocres por su calidad y tiránicas por su imperio.

También me he imaginado que la popularidad, cuando es equivalente de buen nombre literario, de autoridad científica, de pensamiento respetado, de discusión fecunda, supone la cultura a que me he referido, y supone también que haya pluralidad de centros cultos.

Cuando no hay más que uno, tendremos un amable y

espiritual cenáculo de inteligencias, un conventículo académico, un círculo de privilegiados, una tertulia para escogidos, el "Mosaico", el "Repertorio Colombiano". Y naturalmente los miembros de esta especie de asociaciones serán "populares" pero, por decirlo así, "entre casa" y para los suyos.

A no ser que el país entero a que pertenecen sea de tan rudimentarios alcances y de tan incipiente civilización que tenga que consagrar como notabilidades nacionales, como flor, nata y crema de su potencia intelectual, a los mismos que componen y mantienen el centro único y el núcleo solitario. Pero estos cenáculos no son eternos, no se renuevan ni se perpetúan como corporaciones influyentes, entre otras razones porque sus adherentes y devotos no tienen de ordinario como vínculo y aglutinante, como estímulo y acicate, sino el afán y empeño de cultivar, ajonjear y autorizar sus aficiones personales y hasta sus manías inofensivas. Y como ni las unas ni las otras son perdurables, tampoco lo será el correspondiente conventículo.

Supongamos ahora que en un país se multiplican los centros de cultura, los núcleos, círculos y tertulias de que se ha hecho mención. Por el mismo caso mermará en ellos lo que tienen de estrictamente personal y dominarán y se sublimarán los fines superiores que persiguen. Ya en este estado dejarán de ser agrupaciones privadas y para pocos, y empezarán a tener "público" que se interese por ellas, que es lo mismo que tener auditorio a quien dirigirse. De lo cual se sigue que cuando aparezca un sujeto que tiene afición al arte, a la literatura, a la filosofía, etc., no correrá el riesgo de quedarse hablando solo o de que le adjudiquen la coraza y el sambenito de "raro, neurasténico, loco o chiflado", porque, gracias a los tales núcleos o agrupaciones intelectuales y al público que los rodea y acompaña, habrá quienes acojan, discutan y mejoren las lucubraciones artísticas, literarias, filosóficas, etc. del dicho sujeto. Por sabido se calla que entonces y sólo entonces podrá hablarse de una cultura general en el país de que se trata.

La de Inglaterra ha sido siempre proverbial. Por eso se registran en su historia contemporánea buen número de

conmociones intelectuales, (quizás sería mejor llamarlas *revoluciones*) que no por ser totalmente ajenas a cualquier linaje de violencia o atropello, dejaron de imprimir su sello peculiar y de acrecentar los caudales del pensamiento y de la acción de aquella gran potencia. A mediados del siglo XIX, Keble el poeta, Newman el "Scholar", Froude el polemista consiguieron remover profundamente y merced a un altísimo criterio espiritual y dogmático el alma inglesa, que guardó su carácter inconfundible pero hizo adquisiciones y conquistas inapreciables. Más adelante, el imperialismo victoriano que se afianzó mediante la dominación militar y política, tuvo poderosa resonancia popular gracias a Kipling. Sobrevino la flaqueza final (el fracaso, dicen algunos), del siglo último, y Wells se encargó de orientar a los hijos de Albión hacia la ciencia futura, renovadora de las sociedades. Paralelamente Shaw critica todo lo presente y lo pasado, esgrime la sátira mansa o la paradoja sañuda, y provoca a sus conterráneos con la ilusión aristocrática del super-hombre venidero. Y al mismo tiempo aparece Chesterton tenazmente empeñado en mejorar el mundo por la virtud de la Edad Media. Ninguno de estos hombres típicos, diversos entre sí y aun diametralmente opuestos por las ideas que propugnaban, estuvo aislado; ninguno fue graduado de extravagante o raro; todos hallaron seguidores y todos obtuvieron la recompensa de la popularidad que no es, como suele pensarse, mero asentimiento gregario, ni exaltación inconsciente y mecánica de un personaje, sino discusión ferviente y controversia generosa. Donde esto sucede, allí hay cultura.

Chesterton fue un reaccionario. Reaccionó contra el epigrama cínico que Wilde puso de moda; reaccionó contra el predominio de lo artificial. A los diez años fue pagano, a los diez y seis, agnóstico, Whitman le enseñó luego a exaltar el sentimiento de la vida, a los veinte años se halló en posesión de una filosofía religiosa que andando el tiempo resultó ser la filosofía cristiana.

La guerra de los Boers le dio ocasión de hacerse célebre. A quienes la defendían como una manifestación plausible del imperialismo británico, Chesterton respondió con

superabundancia de antítesis y metáforas que “quien cree firmemente en la idea de ‘nación’, debe rechazar la idea de ‘imperio’, porque esta es una idea cosmopolita que trata de destruir o de absorber las nacionalidades existentes”.

Desde mucho antes de su muerte, Chesterton entró en el dominio de la leyenda. Hay quien afirme que las aventuras le obsesionaban, que las aguardaba dondequiera, por lo cual no anduvo nunca por Fleet Street sin llevar consigo revólver y estoque. Lo que sí es cierto es que Chesterton impresionaba por su corpulencia y por su sencillez inteligente. “¿Habrá —decía— cosa más fácil que aparecer ante los demás como sujeto pomposo y solemne? Lo verdaderamente difícil es alcanzar la soltura y ligereza propias del talento. Entre diez artículos de pesadez y erudición plúmbeas que campean en el *Times* y una sola página chispeante de ingenio y novedad que aparezca en *Tit-Bits*, nadie que tenga un adarme de juicio podrá vacilar. Pesadumbre y solemnidad son atributos de gentes cansadas. De ellas habrá muchas que hacen profesión de seriedad porque carecen de aquella fuerza del espíritu que es agilidad y es elegancia”.

Desde 1905 a 1930 Chesterton publicó semanalmente en las “*Illustrated London News*” un ensayo, y en tan copiosa producción nunca faltó el estímulo de la curiosidad. Entre otras razones porque Chesterton se exhibió siempre como reaccionario impenitente y enamorado de la paradoja. Lo fue en tan alto grado que aun escribiendo las vidas de Browning, de Dickens y de Cobbet hizo gala de romper con todos los moldes tradicionales y atendió a que la exactitud histórica se combinara con el arte de mantener sobreexcitada la atención de los lectores con afirmaciones de esta especie: “Tal poema —decía en alguna ocasión— tiene el rasgo característico de las obras juveniles, quiero decir que parece escrito por un viejo de mil años”.

Hablando de Browning, dice: “No sé por qué razones misteriosas las gentes, cuando mencionan o invocan la experiencia, nos hacen pensar que ella es de suyo algo muy triste y afflictivo que tiene poder para matar toda ilusión. Un anciano caduco en actitud de reprender a un niño gozo-

samente ocupado en coger las manzanas que se bambolean en la copa del árbol, hé ahí cómo se imaginan muchos la experiencia. A mí se me ocurre que si el anciano quisiera hablar de ‘experiencia’, tendría que treparse al árbol y probar las manzanas. La confianza de Browning dependía de la experiencia, pero no hay que olvidar que esa experiencia consistía en una selección espontánea de goces y de alegrías que continuamente se depositaban en su memoria y persistían allí gracias a una extraordinaria intensidad de colorido”.

Prescindamos de las novelas de Chesterton que nunca fueron representación ni interpretación de la vida, real sino verdaderas alegorías, imágenes o parábolas destinadas a ilustrar una doctrina. En “*el hombre que fue Jueves*” ensaya Chesterton una identificación trascendental de los contrarios; en “*el Napoleón de Notting Hill*” propone como tesis que la salvación de la humanidad requiere el retorno al patriotismo local de la Edad Media.

En el apólogo o comedia intitulado “*Magia*”, Chesterton declara que solamente los materialistas pueden pretender al título de fanáticos auténticos, porque solamente ellos están dispuestos a hacer tabla rasa de toda posibilidad y aun de toda evidencia, para sentirse firmes en sus opiniones. Como desarrollo de esta obra escribió luego a “*Herejes*” y a “*Ortodoxia*”. En “*Herejes*” hace armas contra Wells, Shaw y Kipling a quienes considera como destructores del verdadero sentido de la vida. Wells repudia lo genuinamente humano para postrarse ante la utopía de la ciencia todopoderosa; Shaw, prodigio de destreza en todo género de acrobacias e ilusionismos intelectuales, se ha propuesto cotejar la humanidad con modelos y arquetipos que no son humanos, con el Sabio de los estoicos, con Sigefrido el de la leyenda, con el imposible Superhombre. Lo cual, fuera de ser injusto, es estéril. “*Imperios y realezas —dice a este propósito Maurois— llegaron a la ruina por obra de esa flaqueza inherente y perpetua que procede de haber sido fundados por hombres fuertes y con hombres fuertes. La Iglesia cristiana se fundó sobre la debilidad y por eso permanecerá para siempre*”. Significa esto que nada es tan frágil como las

obras fundadas en exquisitas y rarísimas cualidades humanas apenas concebibles en un mundo ideal, y que nada hay tan sólido como las obras que se cimentan en el conocimiento y estimación reales de estos atributos y de estos defectos que vemos y palpamos en los hombres.

En cuanto a Kipling y a su imperialismo, Chesterton formula esta acusación: que todo su sistema es vano e inoperante porque se aplica a tiempos y lugares tan remotos que casi pueden apellidarse míticos o fabulosos. Ignora, en cambio, lo que diariamente acontece en su inmediata vecindad. Kipling —dice Chesterton— me hace pensar en la fuga perpetua que es característica del hombre moderno. Cuando piensa en la higiene no arregla su propia habitación sino que se marcha a un balneario de moda; si trata de cultura no transforma su propio ambiente sino que anda peregrinando de museo en museo por tierras extranjeras; si, finalmente, sueña con el imperialismo, se desentiende del desorden de su propia casa y se encamina a Tombuctu para establecer allí una reglamentación perfecta.

Pasemos al otro libro de Chesterton. Si "Herejes" es una crítica, "Ortodoxia" es una profesión de fe, mejor dicho, es una proposición de su sistema. Comienza por un apólogo: "Más de una vez —dice, se me ha ocurrido escribir una novela cuyo héroe sea un navegante inglés que emprende un viaje de aventuras y que, debido a un error de cálculo, cambia de ruta y descubre a Inglaterra pensando que ha descubierto una isla nueva. Tal es mi caso; salí mar afuera con el propósito de inventar una doctrina y al cabo de muchas y de muy laboriosas investigaciones encontré que había vuelto a descubrir el catolicismo".

Por temor de no saber representar aquí el proceso de Chesterton en "Ortodoxia", prefiero traer a cuento otro de sus innumerables apólogos.

Vivimos en una época de racionalismo enfermizo. La razón es, sin duda, el más estupendo atributo del hombre y hay pleno derecho para esperar que, valiéndose de él, logre resultados maravillosos. Mas para ello necesita ejercitarse sobre un objeto adecuado, y ese objeto es el universo, pero no un universo mermado, mutilado, descompuesto o divi-

dido, sino el universo integral, con todos sus secretos, con todas sus posibilidades, con todo lo visible e invisible, con todo lo manifiesto y todo lo recóndito que hay en él.

Y no es así como la ciencia de estos días discute y estudia el universo. Dijérase que los sabios modernos están repitiendo a su manera la fábula del elefante y de los cinco ciegos.

"Porque una vez se acercaron cinco ciegos a un elefante. Uno de ellos le cogió la trompa, la palpó cuidadosamente, y declaró que el elefante era una especie de serpiente. Otro ciego se apoderó de una de las patas del animal y dedujo que el elefante se caracterizaba por una semejanza notoria con los troncos. Para el tercer ciego el elefante resultó muy parecido a un tonel. El cuarto ciego le asió por el rabo y concluyó que el paquidermo tenía figura de cable. Y el quinto ciego palpando uno de los colmillos afirmó que los elefantes eran algo así como un espolón formidable. No hay para qué advertir que entre los cinco ciegos ocurrieron disputas y controversias vehementísimas".

Para Chesterton las teorías que va elaborando la inteligencia a propósito del universo, tienen grandes aciertos, pero difieren entre sí enormemente y llegan muchas veces a contradecirse, lo cual es señal evidentiísima de que ninguna de ellas abarca el universo en su totalidad. Mas no porque las teorías humanas adolezcan de limitación, y sean defectuosas porque son parciales, deja de ser el universo algo muy real y maravilloso. Los límites de nuestra percepción no se identifican con los límites de la existencia, y más allá de lo que nos parece posible y real hay otras infinitas posibilidades y realidades que no dejan de serlo porque nosotros no las percibamos.

Con el libro intitulado "Ortodoxia", Chesterton puso de manifiesto su sistema. Con "San Francisco de Asís" y con "Sto. Tomás de Aquino", lo mostró hecho hombre y vida. Un día de estos trasladaremos aquí algunas páginas de estas dos obras en que Gilberto Keith subordinó las agudezas del entendimiento al fervor del corazón.

LUIS SORACTA, Colegial.